

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,
De ella... el imán, el norte de mi sér:
La armonía dulcísima de mi alma,
La ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque
En medio al día guardará el frescor;
Como el pimpollo de la rosa pura
Guarda cuidadoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos
Jamás un grano de tu polvo dé;
Ni toque el cierzo de tu crudo invierno
A los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,
Y entre celages de oro apaga el sol,
Para que corran sus serenos días
Y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,
Abre el tesoro de tus ricas galas,
Y el lindo picaflor sobre su frente
Para darle frescor bata sus alas.

Envíale tus brisas perfumadas
En deliciosa esencia de azahar,
Y de su boca en la carmínea taza
El almíbar pon que á tus manzanas das.

Guardamelá! como la tierna madre
Al primer fruto de su casto amor,
Como ella guarda en su alma delicada
Blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará á tu orilla
A los impulsos de su dulce fama:
Que en vano esconde su fragancia y nieve
La flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo
Que de inmortales obtendrán el lema,
De ignotos climas á admirar su encanto
Y á pretenderla por hermoso tema

¡Guardamelá! como el avaro ansioso
Guarda y esconde su mejor tesoro,
Como el Brasil sus esmeraldas ricas,
Como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nivea frente
Jamás asome inquietador cuidado:
Dáale ilusiones como el cielo hermosas,
Que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,
Guardamelá con amoroso afán!
En derredor tus tórtolas entonen
Cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!
¿Será que en vano gemirá el dolor?
Levantaré los ojos á otro mundo,
Y lo que á tí, demandaré á mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,
Que quiso en ella su poder probar,
Y la formó más bella que los seres
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo en vano!
No es para un paria tanta perfección!...
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,
Que gime penas al decirle ¡adiós!



ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES ⁽¹⁾

¿SE FUÉ?

Al Cantor de la « *Leyenda Patria* » en la muerte de su esposa
Elvira Blanco de Zorrilla de San Martín.

Cerró sus negros ojos, y mas bella
En el lecho quedó como dormida...

Cruzó el aire una forma vagarosa
Que una estela de luz tras sí dejaba...

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¿á dónde vas?... ¿A dónde?
En silencio gimiendo preguntaba
Tu corazón ansioso, y como herido
De un vértigo febril al ver que ella
A tu sordo llamado no responde,
Los brazos tiendes y el vacío abrazas!...

Un ¡ay! desgarrador, indescriptible,
Se escapa de tu pecho,
Y sollozando el Plata,
Que siente á tu dolor su cauce estrecho,
Lo lleva al Uruguay entre sus ondas.

(1) El nombre del doctor ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, ha llenado cincuenta años de nuestra historia literaria. Durante ese lapso de tiempo su fecundidad extraordinaria prodigó con mano generosa las concepciones de su talento robusto. Nació en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. En España, donde intimó con Cánova del Castillo, Sarra, José Zorrilla, Castelar y otros, inició su carrera literaria, escribiendo prosa y verso y colaborando en periódicos de la península. Luego se estableció en París, donde fundó *La Revista de ambos mundos*. En 1855 regresó á la patria donde ya habían tenido eco sus obras, y desde entonces su influencia sobre el medio ambiente fué decisiva. Hasta su muerte produjo sin cesar, siendo una suerte de maestro al que los jóvenes iniciados rendían culto entusiasta. Fué ministro, senador y profesor de derecho internacional. Sus obras principales son: « *Celtiar* », « *Caramurú* », « *Violetas y Ortigas* », « *Palmas y Ombúes* », « *Veladas de invierno* », etc. Poco antes de su fallecimiento ocurrido en 1893, se lanzó la idea de coronarlo como á Zorrilla, consagrándolo como el gran bardo nacional, pero él se opuso tenazmente. Sus poesías empapadas en el sentimiento romántico de la época, sobresalen por su corrección elegante y en general están inspiradas en hondos pensamientos filosóficos.

El alma de la patria se dilata
Y llega hasta tu hogar enlutecido
Torva nube que en lágrimas revienta;
Cual de eléctrica chispa al estallido,
En noche de tormenta,
La bóveda sombría se entreabre
Despeñada en inmensa catarata.

Al abrazar á tu angustiado padre,
Vuela á unirse á la tuya el alma mía:
En mis brazos te estrecho,
Y aquí sobre mi pecho
Reclino dulcemente tu cabeza
Para que escuches íntimas sus notas,
Y ellas te digan, infeliz amigo,
Lo que el laud talvez no acertaría;
Que yo amo y aborrezco con el alma;
No sé llorar á gotas,
Ni querer con medida ni tibieza...

Solicita á mi ruego
Acude aquella Musa
Que á tu heroica *Leyenda* dió su fuego
Su estro divino y épica armonía;
Y en tu inspirada frente
Que iluminan geniales resplandores,
Pone el beso inmortal que da á sus Bardos
La virgen uruguaya Poesía,
Cuando el pueblo los alza vencedores,
Coronados de palmas y de flores.
Mas de la gloria al beso lisongero,
¿Qué corazón, poeta, no prefiere
Aquel místico beso postrimero
Que sin llegar al labio nace y muere?

Al apagarse plácido y sereno
El dulce rayo de tus bellos ojos,
Al sentir que la muerte entrecortaba
El *Adiós* que en sus labios trepidaba;
Como una llama que al morir se enciende,
Estrechando la mano del esposo,
Enternecida contempló la cuna
Do el pequeñuelo infante,
Ultima prenda del regazo amante,
Sus manecillas trémulas le tiende
Y al beso maternal tierno provoca,
Aún húmeda la boca
Con el lácteo licor del puro seno.

¡Casta unión del amor y de la gloria
Con la virtud, el genio y la belleza,
Rosas entretejidas con laureles,
Derramad los perfumes que atesora
Vuestra urna de nácar y joyeles!

Alejandro gentil, grave María,
Juan Carlos decidor, Gerardo humilde
Cariñosa Elvirita, almo destello,
Frutos de bendición, santas delicias,
De la nivea, aromada

Diamela en flor tronchada;
Nido de amor, oasis de frescura,
Que de la vida en el mortal combate
Dió sombra, inspiración, paz y ventura
Al luchador y al vate;
Al genitor que ahora
Por gracia singular sumiso vierte
Lágrimas dulces al llorarla muerta!
Ceñid vuestros bracitos á su cuello,
Colmadle de caricias,
Y vuestros infantiles regocijos,
Gratos recuerdos en su mente evoquen,
De la época dichosa
En que *Ella* vuestros juegos presidía.

Aunque sangre la herida siempre abierta,
Resignado verá que si la muerte
Robarle pudo el cuerpo, entera el alma
De la adorada madre de sus hijos,
En vosotros palpita y se despierta!

Sombras de Artigas, Lavalleja, Blanco,
Héroes de la Agraciada y la Florida,
Puñados de titanes cuya historia
Es de la Patria perennal grandeza;
Llora vuestro cantor... en su cabeza
Verted el soplo que al bajar del cielo
Templa los corazones en el suelo
Para luchar, sin tregua, heroicamente,
Contra el mal victorioso
Que se alza prepotente:
Y dadle vuestro aliento y fortaleza!

Arrullad su dolor en el destierro,
De su mente rasgad la opaca bruma,
Al contemplar las ruinas y extravíos
Que en la tierra Oriental ha amontonado
El destino infeliz que nos abrumba;
Angel de los Charrúas, indomable
Tabaré, que salvando á tu española
Caes al tocar la meta,
El generoso pecho atravesado
Por golpe fementido,
Como sucumbe á veces el más bueno
En este mundo falso,
Traidoramente herido
Por la oculta y cobarde, ruin saeta
De la calumnia, el odio ó el veneno,
El puñal, el exilio ó el cadalso!
¡Ah! bien lo sabes tú, valiente atleta:
Cárcel de prueba el mundo en que vivimos,
Donde eternos del mal arden los focos,
Nuestra mísera estirpe, aún redimida,
(— ¡Arcano impenetrable!)
Entregada parece al desenfreno
De bandidos, de histriones y de locos!

Cual tentador demonio, negra duda
En hora abominable asalta fiero
La soberbia razón del hombre vano;

Más la blasfemia en la garganta anuda
La humildad resignada del cristiano.

¿Es verdad ó ilusión?... ¿Somos juguete
De un poder infernal?... Oh... no... es mentira.
Vela tu providencia, Hacedor mío,
Y cada sol que en los espacios gira
Alumbra cada día, vengadora,
En el *Rancho* á la par del *Palacete*,
Del fallo divino severa y justa
La suprema sanción: tu ley augusta!

Instrumentos no más son en tus manos
El desorden, el crimen,
La muerte, y el dolor, y los tiranos:
Esfinge aterradora,
Aguijón que al deber nos llama austero,
Fantasma que nos hiere y desaparece,
En la vida inmortal de las naciones
Ellos pasan malditos, cual la mancha
Que refleja un *carancho* en un gran río,
Y su triunfo y poder se desvanece
Como espuma que hierve en el vacío.
Blasfeme como quiera algún sectario
De la ciega, letal filosofía
Que confunde el abismo con la cumbre,
Mientras radiosa alumbre
La Cruz del Redentor nuestro Calvario;
Mientras lleven su ofrenda á los altares
De la fe, la virtud, y el patriotismo,
El apóstol, las vírgenes, los mártires,
Faro y columna de la grey mundana;
Mientras el llanto que encendido brota
Vierta en el corazón fecundo riego;
Mientras cada ilusión nos brinde mágica
En encantada copa su ambrosía,
En cáliz ideal fragancia ignota,
Y fascinante estrella,
Más allá del sepulcro, la esperanza,
Reanime el polvo de la tumba fría;
Iluminando la conciencia humana
Eterna vivirá la Poesía!

¿Cómo dicen entonces que se ha ido,
Si dentro de tu sér y el de tus hijos
Cual numen protector vive tu Elvira?

Tal vez su blanca mano
Tocó al pasar las cuerdas de mi lira,
Y es este humilde canto
El rumor apagado de su huella...
Yo abracé á sus dos padres... y mi ruego
En férvida oración subió á la altura,
Por tí, por vuestros ángeles, por *Ella*,
Amantísima esposa, digna madre,
Celeste criatura,
Modelo de piedad y de ternura!



Segundo Medallón

**LO QUE SINTIÓ MI ALMA
AL DIVISAR LAS COSTAS URUGUAYAS
VOLVIENDO DE EUROPA.**

Al fin te ven mis ojos; oh dulce patria mía!
Delirio de mis sueños, imán de mi deseo;
Al fin tras nueve años, al fin Montevideo,
Puedo aspirar tus brisas, llorando de alegría,
Llorando de alegría, que al fin tus playas veo!

Recuerdos candorosos de la apacible infancia,
Primicias de la Musa que me abrazó hechicera,
Ardientes emociones de la pasión primera,
Verted en torno mío la virginal fragancia
Que exhala el puro cielo de mi oriental ribera!

¡Cuán leve y grata el aura! Cuán bello el sol anega
Las rocas orientales con fulgidos reflejos!
Desnuda y tan hermosa como la Venus griega,
Saliendo de las ondas, la tierra de amor ciega:
¡Cuál sus amantes brazos me tiende desde lejos!

Dejádme que la mire, y solo, en la ancha popa,
Las fibras de mi pecho sentir una por una
Vibrando cual ramaje que agita inmensa copa,
Contar al manso viento que me arrulló en la cuna,
Por qué á mi dulce patria nunca olvidé en Europa.

Porque yo codiciaba gloria, renombre, fama,
Porque con sed no exhausta, la noche como el día,
Al genio y á la ciencia su inspiración pedía;
Porque mi cabellera quemó la interna llama,
Y anubla mi sien pálida febril melancolía.

Lo sabes tú, y me hablas con tu murmullo ¡oh Plata!
Que mi alma de poeta comprende y adivina;
Y mustia ya, á tu acento, revive y se dilata
La flor de mi esperanza, magnífica, divina,
Como la azul esfera que tu cristal retrata.

Mas ay! que contemplando tus aguas, de repente
No sé qué negra nube cubrió su faz tranquila;
Una ardorosa lágrima cayó de mi pupila....
Ideas encontradas reluchan en mi frente,
Y entre el placer y el llanto mi corazón vacila.

Tus hijos, patria mía, libre, opulenta, hermosa,
En una región nacen que á todos causa envidia.
¡Podía su existencia correr tan venturosa!
Pero ellos ¡ay! uncidos á su cadena odiosa
Verdugos son ó mártires, en cruel y eterna lidia.

Opresos ú opresores, mas nunca ciudadanos
De su deber esclavos, modelos de civismo;
Que el sacrificio hagan de sus rencores vanos,
Y hasta de sus agravios con noble patriotismo,
Antes que armar el brazo de hermanos contra hermanos.

No acuso á nadie.... Lloro la inútil experiencia,
De la que no aprendemos ni escarmentamos nada!
Lo que sanciona el crimen y usurpa la violencia,
La sangre derramada, la misera existencia,
Que á todos nos reserva la ley atropellada!

No acuso á nadie... todos, y yo como el primero,
En días lamentables de vértigo y delirio,
Sañudos esgrimiendo la pluma ó el acero.
El seno de la patria rasgamos lastimero,
Hiel á su hiel mezclando, martirio á su martirio.

¿Y siempre será el mismo nuestro destino impío?...
¡Oh! no! Dios es piadoso, y el bien al alma domina:
En tempestad deshecha, yo he visto el mar bravío,
Y aunque dudé un momento, roto el celaje umbrío,
Al suspirado puerto mi nave se encamina.

Así en virgínea selva del suelo americano,
Cual ráudo meteoro, de pronto hirviente llama
Se extiende, centellea, salta, se enrosca y brama
En lenguas mil de fuego; flamígero oceano,
Que destrucción y muerte por donde va, derrama!

Cae la gigante palma y el arazá rastrero;
El fuego al par devora la ortiga y el aroma;
La tórtola inocente y el tigre carnívero;
La sierpe y la flor pura que su veneno doma;
El vil carancho imbécil y el trinador jilguero!

¿Por qué tan ciego encono? furor tan implacable?...
Cual torvos enemigos, la selva y el desierto
Tendían sobre el hombre su manto impenetrable;
Y el hombre entre sus pliegues, anonadado, yerto,
Auxilio pidió al fuego, verdugo inexorable.

Él sacudió sus crines, y el ígneo torbellino,
Giró por el espacio cumpliendo su destino,
Que era cubrir la tierra de fecundante abono,
Y dar al genio humano, ya expedito el camino,
Nuevo horizonte inmenso donde elevar su trono!

.....

Acoje, Patria mía, y da en tu seno abrigo
Al hijo siempre tierno, que vuelve á tus hogares,
Que compartir anhela tu gozo y tus pesares,
Y si eres desdichada, llorar quiere contigo,
Y si feliz, tu dicha doblar con sus cantares!

ALMAS HERMANAS.

AL EMINENTE ORADOR JUAN CARLOS BLANCO.

En prosa ó verso, es una la potencia
Que arrebató las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba
Como el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso ante su voz pigmeo!

Libre ó ceñido el armonioso metro
El verbo de las almas se apodera;
Y á pié ó sobre el Pegaso, lleva cetro
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estético,
Inundan á la par su altiva frente:
Cuanto eleva el espíritu es poético;
Cuanto llega hasta el alma es elocuente.

No vibra con mas fuerza y ardimiento
Del laud creador la íntima nota,
Que el ademán y el varonil acento
Con que el tribuno á la maldad azota.

Poder del genio!... inmortaliza Homero
A lo que ruina fué de los Troyanos;
La túnica á Fhriné rasga el vocero
Que airados vé á los jueces inhumanos.

« Condenad, si lo osais, grita Hyperide,
A Venus que ha bajado de los cielos! »
Y con un golpe que la audacia mide,
Al suelo arroja los flotantes velos.

De admiración los jueces confundidos
En un clamor exhalan su embeleso,
Y en vez del mortal fallo, estremecidos,
En su labio el perdón imita un beso....

Así cuando genial chispa descende,
Y eléctrica sacude cuanto halla,
El pueblo—níveo alud que se desprende—
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, odios, móviles menguados
Que interceptan la luz con velo denso,
Hacia el abismo ruedan, sepultados
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tribuna,
Su látigo de fuego alza tonante
La palabra, que mágica se auna
Con el estro que vence al consonante.

En prosa ó verso, es una la potencia,
Que arrebató las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

EN LAS PIEDRAS.

—A la *cuchilla* vamos, hijo mío,
Y verás como allí no tienes frío.

—Todo es recogimiento en esta hora
Que el rayo postrimero del sol dora.

— ¡Ves el Cerro, la mar, el hondo valle,
Las Piedras... más allá Santa Lucía?

— ¡Dónde volver la vista que no halle
Un cuadro de sublime poesía?

—Pero hable el corazón, y el labio calle
Cuando al llano bajemos, alma mía.

—Apresuremos, padre mío, el paso,
Que el moribundo sol toca al ocaso.

—Por allí, tras aquellos membrillales,
Tras aquella olvidada y ruin tapera,
Arrollados los leones castellanos
Por sus hijos los leones orientales,
Buscaron un refugio en su carrera,
Y otra vez á las manos
Con arrogancia fiera,
Volaron como rayos
Sosteniendo el honor de su bandera.

Valientes á la par unos y otros,
Del fusil y cañón al centelleo,
De los sables al rudo martilleo
Y al salvaje relincho de los potros,
Caían en confuso remolino
Como bajo la hoz del campesino
Caen segadas del tallo las espigas.

Mas á la voz de Artigas
Que horrisona reñumba,
Los bisoños reclutas uruguayos
Siguiendo el rojo brillo de su acero,
Terrible cual pampero
Que todo lo derrumba,
Embisterion sedientos de venganza,
Y cada bote de su fuerte lanza
A un soldado español abrió la tumba!

— ¡Por qué el paso detienes, y qué miras,
Padre, con tanto afán?... ¡por qué suspiras?

— En este campo que inmortal hiciera
Del indomable Artigas la victoria,
No se vé un monumento, ni siquiera
Levantada una piedra á su memoria!

—Pero tiene una página en la historia!

— Niño, en tu pecho el entusiasmo late,
En tu rostro infantil se pinta el brío,
Vamos que es tarde....

— Ya no tengo frío:
Llévame al sitio donde fué el combate!

LA PALMA DEL SACRIFICIO.

En la inmortal jornada de Marathon, el día
Que hundi6 el poder del persa, Milcíades con su acero,
De la falange heroica digno un soldado había,
Que al pueblo suyo quiso la nueva dar primero.

En alas del sublime delirio que le inflama,
De lauro un gajo arranca, que en alto, al correr, gira;
Llega, saluda al pueblo con la triunfante rama;
Venció la Grecia, dice; cae, y aclamado espira.

Oh! quién como él pudiera dormir el postrer sueño,
De su ideal la antorcha llevando dentro el alma,
Y al caer, ya realizado su generoso empeño,
Al cielo de la gloria trepar con su ardua palma!

DUDA.

¿Dónde acaba la vida?... ¿dó la muerte?...
¿Al morir viaja el hombre peregrino,
Y mejorando en ser, en forma, y suerte,
De astro en astro prosigue su camino?....

¿O sin romper el misterioso lazo,
Que encadena á la tierra el alma humana,
Renace de la tumba en el regazo,
Ayer flor, ave hoy, mujer mañana?...

AL PIÉ DEL MONUMENTO DE LOS 33
EN LA AGRACIADA. (1)

* * *

¡Oh raza de Titanes, que asombrado
Vió el mundo, tremolando su oriflamo
De *Libertad ó Muerte!* — Fulminado
Rayo que al bosque, súbito incendiado,
Hace hasta el cielo reflejar su llama!

Sagrado emblema de inmortal victoria,
Así ese mármol que sus nombres muestra,
Cuando lo eleva el genio de la historia,
Ilumina con rayos de su gloria
El mundo de Colón, la Patria nuestra!

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.